MIGUEL DE UNAMUNO: EN BUSCA DE UN RETRATO

*Jaime Castañeda Iturbide**

RESUMEN: El autor procura hacer un retrato del escritor vasco Miguel de Unamuno; a partir de testimonios de otros escritores y de las obras del polémico Rector de la Universidad de Salamanca, se teje el retrato de uno de los más importantes autores españoles.

PALABRAS CLAVE: Unamuno, retrato, *Nuevo mundo*, Generación del 98, nivola.

ABSTRACT: The author seeks to paint a portrait of the Basque writer, Miguel de Unamuno. Based on testimonials from other writers and the works of the controversial Rector of the University of Salamanca, a depiction of one of the most important Spanish authors takes shape.

KEYWORDS: Unamuno, portrait, *New World*, Generation '98, nivola.

NOTAS

MIGUEL DE UNAMUNO: EN BUSCA DE UN RETRATO

212

El presente artículo sólo pretende destacar la figura de un escritor singularísimo, cuya obra —si no en su totalidad, sí la mayor parte— continúa teniendo actualidad en nuestros días. Buscamos bosquejar un retrato, no hacer una radiografía.

Mediante una serie de trazos, el retrato soslaya los profundos y complejos misterios del ser humano y su quehacer, en este caso literario, para quedarse únicamente con las peculiaridades más significativas que, para el retratista, reflejan la individualidad del personaje. Ojalá que también para el amigo lector resulten suficientemente representativos.

A setenta y cuatro años de su fallecimiento, Unamuno no ha dejado de ser un autor vigente y, aunque hay

quienes lo encuentran bastante avejentado, conserva esa recia energía del guerrero que ha tomado parte en incontables batallas, sin menoscabo de su valor ni deterioro de su fortaleza.

Lo comparamos con un guerrero porque Miguel de Unamuno arremetió contra todo y contra todos; hirió y lo hirieron, acalló muchas voces, pero jamás silenciaron la suya. Suscitó la polémica, lo mismo desde la cátedra, que en la tertulia de café, en el Ateneo o en el Congreso, durante su fugaz gestión parlamentaria y, desde luego, por medio de sus innumerables cartas y artículos periodísticos.

Rector de la Universidad de Salamanca en dos largos períodos, en ambos fue destituido por razones

políticas. Inconforme siempre, vehemente y hasta vociferante crítico de su tiempo, no se detenía en llamar al pan, pan, y al vino, vino; combatió sin descanso y lo combatieron sin tregua. Lanza en ristre se enfrentó a cuanto molino de viento topó en su camino, de ahí que Antonio Machado lo llamara “donquijotesco”.

Unamuno fue confinado a Fuerteventura (Islas Canarias) en 1924 por su oposición a la dictadura de Primo de Rivera y, posteriormente, desterrado a París y a Hendaya hasta 1930. Soportó el destierro con gran dignidad y regresó a España al caer la dictadura, participando activamente en la implantación de la República. Murió el último día del año 1936, disidente de ambos contendientes en la guerra civil.

Individualista extremo a lo largo de toda su vida, Unamuno mantuvo siempre su fe en la libertad, en la inteligencia y en la palabra, con valor admirable y sin desmayo. Guerrero sí, pero también gran pensador, intelectual, políglota, filólogo, erudito y, sobre todo, fecundo escritor universal que cultivó todos los géneros literarios.

Vestido casi siempre de negro, Miguel de Unamuno paseaba su figura de gran personaje por los claustros de la Universidad de Salamanca, ya solitario ya en compañía de algunos discípulos que le escuchaban respe-

tuosamente. Maestro de tiempo completo, dentro y fuera de las aulas, derrochaba sabiduría hasta por los poros: doctorado en filosofía y letras, con una tesis sobre el origen de la raza vasca, impartió clases de latín, griego, literatura española, filología y metafísica. Tradujo del alemán la lógica de Hegel y algunas obras de Schopenhauer y aprendió danés para leer a Kierkegaard en su lengua original.

Miguel de Unamuno y Jugo nació en 1864 en Bilbao; sin embargo, “siendo vasco puro, por los dieciséis costados —como decía él—, dejó de serlo y se castellanizó hasta la médula, porque desde los siglos de los siglos en la castellanía está el rigor y el vigor, el palpito y el ideal de lo español”.¹ Sólo así se entiende su preocupación constante por España, por lo español, por la hispanidad, tema que lo unió a otros escritores de su época, para conformar la famosa Generación del 98.

No fue Unamuno un filósofo sistemático ni expuso nunca una formulación estructurada de su pensamiento, ya que desconfiaba del ejercicio especulativo como vía para acceder a la verdad. Antepuso el interés vital al dictado de la razón, toda vez que ésta le resultaba incapaz de salvar al hombre frente al abismo de la nada.

¹ Federico Sáinz de Robles, *Diccionario de la Literatura Española*, 1973, Madrid, Aguilar, p. 1222.

NOTAS

Se sitúa, entonces, en una posición próxima al existencialismo, para él “la única cuestión” era saber si hemos de morir del todo o no; el problema de la inmortalidad, de la perduración después de la muerte, lo acuciaba imperiosamente, y condicionó su vida y su obra entera.

Su fe religiosa, inquieta y vacilante, no le bastaba para tener una certeza, no tenía confianza en la posibilidad de conseguirla racionalmente. Las teorías científicas de su tiempo, lo que Unamuno llamaba “la inquisición científica”, desautorizaban su esperanza, a la que no podía renunciar; a esta lucha la denominaba con su nombre griego, *agonía*, y a esta manera de vivir, sin fe plena en la inmortalidad, sin resignarse a la muerte total, la llamaba *el sentimiento trágico de la vida*, título de su libro más famoso, escrito en 1912.

Unamuno se formó intelectualmente en una época en que la filosofía, partiendo de una idea estrecha de la razón, había descubierto que ésta es incapaz de comprender la vida y, por consiguiente, la muerte. Sin advertir que la razón tiene otras posibilidades, se abandonó al *irracionalismo*. De ahí que a pesar de su vocación filosófica y de su preocupación por sus problemas, se desvió de ello por falta de fe en la razón, entregándose a la *imaginación*, “la facultad más sustancial”, y en lugar de tratados filosófi-

cos escribió sobre todo ensayos, novelas y poesía.

Para unos, Unamuno es ensayista, otros dicen que novelista y algunos más que poeta. En definitiva, su obra tiene importancia en los diversos géneros que cultivó, que en realidad conforman un largo y sostenido monólogo pleno de pasión y sinceridad. Unamuno expresó en alguna ocasión que a él no le gustaba hablar como un libro, sino, por el contrario, escribir como habla un hombre.

Como ensayista, acaso fue el mejor entre los escritores españoles del siglo pasado, junto con José Ortega y Gasset. Abordó todos los temas con su característica pasión polemista, armonizando hasta lo inverosímil su espíritu combativo. *Contra esto y aquello* (1912), se titula uno de sus más conocidos ensayos. No obstante la amplitud de temas que trató hay en el conjunto de su obra ensayística cierta insistencia en determinados asuntos: la hispanidad, el casticismo, la religión, la literatura, el arte, los clásicos y, muy especialmente, su predilección por el Quijote de la Mancha.

En efecto, uno de los aspectos de mayor interés en el pensamiento unamuniano lo constituye su apasionada y apasionante veneración por la figura del hidalgo manchego, encarnación del más puro idealismo y personaje cumbre de la literatura

universal de todos los tiempos. Nadie ha logrado hacer una lectura del Quijote tan lúcida y pródiga en hallazgos como la que Unamuno realizó, lo cual explica que llamase a la novela de Cervantes *Biblia nacional de España* y a su protagonista *Nuestro Señor Don Quijote*.²

De sus numerosos ensayos destacan: *De mi país* (1903), *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905), *Mi religión y otros ensayos* (1910), *El sentimiento trágico de la vida* (1912), *El porvenir de España* (1913), *En torno al casticismo* (1917), *Andanzas y visiones españolas* (1922), *La agonía del cristianismo* (1931), entre los más conocidos.

Su obra narrativa, género en el que alcanzó gran originalidad, transita por caminos insospechados, equidistantes de las fórmulas convencionales, anticipando muchos descubrimientos posteriores que se convirtieron en un verdadero método de conocimiento que intenta comprender la vida humana y vislumbrar imaginativamente la muerte para desvelar su misterio.

Ya desde su segunda novela —*Amor y Pedagogía* (1902)— Unamuno abandona la narrativa tradicional realista y nos presenta una historia completamente inverosímil sobre el fracaso de un positivista neocomtiano y pseudogaltiano, cuyas locas ideas lo

llevan a convertir la ciencia en religión y tratar de educar un genio “impoluto” mediante principios rigurosamente científicos. No se trata, sin embargo, de una polémica anticientífica, sino una explicación de la incompatibilidad de las exigencias de la pedagogía y la eugenesia racionales con las de los incontables impulsos naturales, como la pasión sexual y el temor a la muerte.

Así, cuando el genio immaculado se enamora y es rechazado por su amada decide suicidarse; y aunque la novela termina por esta razón con las palabras “el amor había vencido”, en el epílogo, Avito —padre del malogrado genio— trata de repetir el experimento con su nieto.

En este escenario de fantasía satírica, se pueden ya identificar algunas de las preocupaciones que aquejarán a Unamuno en posteriores novelas y, sobre todo, se muestra innovador en lo referente a la creación de sus personajes, según lo expresa uno de ellos: “la vida humana equivale a representar un papel en una novela o una obra teatral”.

El original epílogo de *Amor y Pedagogía* incluye una discusión entre otro personaje llamado Fulgencio Entrambosmares, que viene siendo el mentor filosófico de Avito y de su hijo, y el propio Unamuno. El primero, cuestiona si es culpable del suicidio del hijo de Avito, Unamuno,

² Armando Urbideti, *Narradores del 98*, 1984, México, Ed. Arión, p. 10.

NOTAS

se pregunta si tendría que haber escrito para su novela dos finales que plantearan una alternativa, de modo que el lector se viera obligado a participar en su propio estado de duda existencial.

Por si fuera poco, después del epílogo de esta novela, Unamuno incluye un *tratado de cocotología*. Texto de divertimento en el que el rector de la Universidad de Salamanca realiza una doble parodia: por un lado de los sistemas filosóficos más sofisticados, y por el otro, de las modernas teorías artísticas.

El autor justifica irónicamente la inclusión de dicho texto explicando que su editor requería publicar el libro en una colección de grosor uniforme y que el volumen original resultaba demasiado delgado. La novela en su conjunto sorprendió a un público acostumbrado a otro tipo de prosa y la reacción de algunos críticos y escritores no se hizo esperar, acusando a Unamuno de falta de seriedad y a su obra de no ser una novela.

Don Miguel replicó destempladamente que si los lectores no querían considerar su obra una novela, que la llamaran *nivola*. Así las cosas, en el “prologo-epílogo” a la segunda edición de *Amor y Pedagogía*, define las *nivolas* como “relatos dramáticos acezantes, de realidades íntimas, entrañadas, sin bambalinas ni realismos en que suele faltar la verdadera, la

eterna realidad, la realidad de la personalidad”.

En su siguiente novela, *Niebla*, publicada en 1914 y ya titulada *nivola*, Unamuno lleva hasta sus últimas consecuencias la autenticidad existencial de sus personajes, y el protagonista de la historia, Augusto Pérez, va a Salamanca a enfrentarse al propio escritor, descontento con el destino que le ha decidido.

Unamuno entonces se convierte en otro personaje de la novela, asumiendo el papel de un dios, contra el cual, si existe, es un deber de los seres humanos luchar y rebelarse. Sus personajes de ficción, empiezan a actuar por sí mismos y por tanto a adquirir una identidad, están gobernados por una lógica interna en la cual su creador carece ya de poder para intervenir.

Otras novelas importantes de Unamuno son: *Abel Sánchez* (1917), *La tía Tula* (1921) y *San Manuel bueno mártir* (1930), que, como las ya referidas, son una mezcla de ensayo filosófico y narración fantástica, con un tono tragicómico que abarca los más variados matices, en donde se muestra Unamuno como un auténtico innovador del género. Precisamente en su libro *Cómo se hace una novela* (1927), una de sus obras más reveladoras e inquietantes, nos explica el trasfondo de su quehacer novelístico:

Eso que se llama en literatura producción es un consumo, o más

preciso: una consunción. El que pone por escrito sus pensamientos, sus ensueños, sus sentimientos, los va consumiendo, los va matando. En cuanto un pensamiento nuestro queda fijado por la escritura, expresado, cristalizado, queda ya muerto, y no es más nuestro que será un día bajo tierra nuestro esqueleto... la literatura no es más que muerte. Muerte de que otros pueden tomar vida.³

Conviene resaltar que, en casi todas sus novelas, Miguel de Unamuno se manifiesta también como un artista del humorismo. Lo que sucede es que al humorismo en España, y en general a todo el humorismo en lengua castellana, no se le ha valorado en su justa medida, como si se tratara de un género secundario, o como si el humor no fuera importante en la vida.

“Novelista excepcional, Unamuno se inventó a sí mismo como personaje novelesco para seguir viviendo en la lectura que de sus libros harán en el futuro otros tránsfugas de la muerte, como hoy lo hacemos nosotros”.⁴

En 1907, cuando Unamuno tenía cuarenta y tres años de edad, empezó a escribir poesía. A partir de ese momento cultivó dicho género hasta el final de su vida. Aunque, a decir verdad, siempre, en prosa o en verso,

³ Miguel de Unamuno, *Cómo se hace una novela*, Prólogo, en *El Pensamiento de Unamuno*, 1964, México, Fondo de Cultura Económica, p. 121.

⁴ Francisco Castañeda Iturbide, *Universo Literario*, 2004, México, Biblionauta, p. 387.

Unamuno fue poeta y en algunos casos, un gran poeta.

Ya en su tiempo hubo de soportar las críticas de cuantos se resistían a reconocer que el destacado catedrático, políglota, pensador y erudito también tuviera facultades poéticas. Para sorpresa de sus detractores, Rubén Darío, el extraordinario creador del Modernismo, escribió en un artículo el mayor elogio que se le ha tributado al poeta Unamuno:

¿Cómo este hombre que escribe tan extrañas paradojas, este hombre a quien llaman sabio, este hombre que sabe griego, que sabe media docena de idiomas y que sabe hacer incomparables pajaritas de papel, quiere también ser poeta? [...] En Unamuno se ve la necesidad que urge al alma del verdadero poeta de expresarse rítmicamente, de decir sus pensares y sus sentires de modo musical [...] y no porque una música no se parezca a la del autor por nosotros preferido, hemos de concluir que no es buena [...] Miguel de Unamuno es ante todo un poeta y quizá sólo eso.⁵

Al comentario del genial nicaragüense se han sumado algunos otros tan elogiosos como el de Federico de Onís: “Unamuno es poeta siempre; porque su filosofía y su religión y su crítica no son ciencia ni teología ni historia objetivas, sino intuición

⁵ Rubén Darío, Periódico “La Nación”, 1909, Buenos Aires.

NOTAS

emocional, pasión, visión íntegra y total, creación nacida de la necesidad radical de afirmar la propia vitalidad, identificación con el propio yo”.⁶ Otra opinión contundente es la del gran poeta Luis Cernuda, para quien Unamuno “probablemente sea el mayor poeta que España ha tenido en lo que va del siglo”.⁷

De su obra poética sobresalen los libros: *Poesías* (1907), *Rosario de Sonetos líricos* (1912), *El Cristo de Velázquez* (1920), *Rimas de dentro* (1923), *De Fuerteventura a París* (1925) y *Romancero del Destierro* (1927), entre otros.

Incansable viajero y ajedrecista apasionado, Unamuno tuvo un gran sentido plástico, manifiesto no sólo en sus pajaritas de papel, sino también en un buen número de dibujos que aún se conservan en la casa rectoral de la Universidad de Salamanca. Padre de familia numerosa, vivió el hogar de una manera entrañable, disfrutando en este aspecto de una vida serena, en contraste con las agitaciones políticas a las que estuvo sometido. En realidad, no fue nunca un político, porque para serlo le sobró por una parte sinceridad y por otra originalidad, y le faltó, en cambio, el don de la oportunidad y de la astucia, no tuvo sentido práctico.

⁶Federico de Onís, en *Diccionario de la Literatura Española*, 1973, Madrid, Aguilar, p. 1223.

⁷Luis Cernuda, *Estudios sobre poesía española contemporánea*, 1972, Madrid, Ediciones Guadarrama, col. Punto Omega 82, p. 785.

Figura polémica en vida y después de muerto, Unamuno es una antinomia viviente, una paradoja constante. No fundó escuela ni tuvo discípulos en sentido estricto, pero su influencia ha sido muy honda y duradera. Hay que reconocer, que dentro de su egocentrismo, no hizo sino sacar a la superficie lo que tantos otros escritores llevan dentro y son incapaces de expresar porque no tienen el valor ni la sinceridad para manifestarse tal y como son.

Miguel de Unamuno, anticipándose a muchos otros escritores, se ha valido de diversos géneros sin respetar las fronteras entre ellos para expresarse a sí mismo, singularizarse y hacer lo que le dio la gana. El calificativo de ególatra, del que fue acusado, nunca pretendió refutarlo y aún lo asumió gustosamente, porque le quedaba a la medida, era su más justa definición y su irrenunciable vocación.

Treinta y seis años después de la muerte de Unamuno, se encontró un texto inédito que el escritor vasco guardó entre cientos de cartas, apuntes y papeles, que a decir de Laureano Robles, descubridor del manuscrito, data de 1896, por lo que se deduce que fue su primera obra.

El título del texto es *Nuevo mundo*,⁸ se trata de una breve novela o historia novelada en la que el autor va

⁸Miguel de Unamuno, *Nuevo Mundo*, 1994, Madrid, Ed. Trotta, edición de Laureano Robles.

creando lo que vivió y convirtiendo en poética su propia vida histórica. El original de esta obra permaneció inédito y olvidado en la casa de la rectoría de la Universidad de Salamanca, hasta que, en 1992, Laureano Robles, acucioso investigador, tuvo acceso a él.

Tras un análisis minucioso del texto y de otros muchos documentos, cartas y notas periodísticas de amigos de Unamuno y de diversos editores de la época, Laureano Robles da a conocer, en 1994, la primera obra que escribió Miguel de Unamuno y la última en publicarse.

En el estudio preliminar que acompaña a la novela, el investigador nos explica con todo lujo de detalles, siempre documentando sus señalamientos, que esta obra la terminó de escribir Unamuno en marzo de 1896, pero que no hubo editor que se decidiera a publicarla, no obstante las opiniones favorables y los elogiosos comentarios. Unamuno un tanto desanimado, empezó a escribir otra obra, *Paz en la guerra*, que es la historia del alma colectiva del pueblo vasco y concretamente, la historia del alma del propio Unamuno; fue publicada en febrero de 1897.

Nuevo mundo, la primera obra de Unamuno, tiene mucho de *Paz en la guerra*, o mejor debiéramos decir, tiene mucho ésta obra de aquélla. En realidad, *Nuevo mundo*, que quedó guarda-

da tanto tiempo, es una novela autobiográfica disfrazada de la biografía íntima de un supuesto amigo de Unamuno, Eugenio Rodero, biografía que le dejó antes de morir, junto con otros papeles.

Aunque tienen mucho en común, *Nuevo mundo* es como la otra cara de *Paz en la guerra* y el anticipo del *Diario íntimo*. No es una autobiografía en el sentido estricto de la palabra, sino en la línea agustiniana, pues va narrando sus grandes transformaciones psicológicas o su evolución intelectual y ética. En Unamuno, lo mismo que en Agustín de Hipona, hay dos temas que centran y llenan su vida: Dios y el alma, y una actitud de lucha entre la fe y la razón. El alma del pueblo vasco y el alma concreta de Unamuno, como ya habíamos señalado, son el núcleo de *Paz en la guerra* y de *Nuevo mundo*. Ambas obras se gestaron y escribieron casi a la vez, en ocasiones, seguramente, al mismo tiempo.

Mediante este intento de retrato, puede afirmarse que la vasta y desigual obra de Unamuno resulta inclasificable conforme a los cánones de la crítica literaria pues, a diferencia de sus compañeros de generación, como Azorín, Baroja y Machado, antepuso a cualquier clase de preocupación formal, estilística, su anhelo de trascendencia; mucho más que escribir novelas, ensayos, poemas o piezas

NOTAS

dramáticas, buscaba obsesiva y aun desesperadamente sobrevivir a su extinción física: alcanzar la inmortalidad por medio de las páginas de sus libros, y no por la fama que éstos pudieran darle, sino porque en ellos permanecerían vivos sus pensamientos más íntimos, sus grandes pasiones, sus mejores recuerdos, en suma, su mismo ser.

Ciertamente, nunca le bastó el consuelo de perpetuarse mediante la lectura que de sus obras se hiciera cuando él ya hubiese desaparecido, pero fue el único recurso a su alcance para no morir del todo. Como en la espléndida película de Ingmar Bergman, *El séptimo sello* (1956), que nos muestra al caballero Antonius jugando una partida de ajedrez con la muerte, Unamuno jugó su partida desde el primer hasta el último libro que escribiera, interrogándose e interrogándonos, a cada uno de sus lectores, acerca

de la futilidad de las cosas humanas, de la existencia de Dios y del inescrutable sentido de la vida. En la película del cineasta sueco, el caballero pierde la partida; en el caso del escritor, queda pendiente el desenlace.

*¡Quiero verte, Señor; y morir luego,
morir del todo;
pero verte, Señor; verte la cara, saber
que eres!
¡Saber que vives!
¡Mírame con tus ojos,
ojos que abrasan;
mírame y que te vea!
¡Que te vea, Señor; y morir luego!
Si hay un dios de los hombres,
¿el más allá qué nos importa, herma-
nos? ¡Morir para que Él viva,
para que Él sea!
¡Pero, Señor; “¡yo soy!” dinos tan
sólo, dinos “yo soy” para que en paz
muramos, no en soledad terrible,
sino en tus brazos!⁹*

⁹Fragmento del poema *Salmo I* que se incluye en el libro *Poesías* (1907).